

FLUCTUAT NEC MERGITUR (FLOTA SIN SUMERGIRSE)

Marta Gerez Ambertín*

Si fuera dado a nuestros ojos carnales ver en la conciencia de otro, juzgaríamos mucho más seguramente a un hombre por lo que sueña que por lo que piensa.

Víctor Hugo

1. Fluctuat (flota)

El epígrafe de *La interpretación de los sueños* “*Flectere si nequeo, Acheronta movebo*” ha llamado siempre mi atención. (Virgilio: *La Eneida*). Puede traducirse ya sea como: “Si no puedo vencer a los dioses celestiales, moveré a los del infierno” o como Freud lo prefiere: “removeré a los del mundo subterráneo”. Es preferible sin embargo en estas latitudes y por los desastres que provocó el término *análisis de las profundidades*, retornar a la traducción más puntual de Virgilio: “*Si no puedo vencer a los dioses celestiales, moveré a los del infierno*”.

Ahora bien, este epígrafe me instó –y a propósito de esta contribución– a una asociación inmediata con otro, aquel que preside a la *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*: “*Fluctuat nec mergitur*” –Flota sin sumergirse o se sacude pero no se hunde–.

El entrelazamiento de los términos deja como resto la pertinencia de la contribución freudiana en lo que cabe llamar “la ciencia de los sueños”. Y es que al entrecruzar *flectere* (doblegar o vencer) con *fluctuat* (flota, se sacude) se destaca lo fundamental del descubrimiento freudiano, aquello que sin sumergirse, flota de un siglo a otro –no sin sacudirse– para

acompañar al *daimon* inconsciente con una lógica impecable. Ello logra despertar al hombre del siglo XX del letargo al que lo sumía el restringido campo de la conciencia y de la voluntad.

El saber y la verdad que se despliega a partir de la lógica que gobierna a los sueños según el descubrimiento freudiano, logra doblegar no sin estremecer a toda la episteme de un siglo y... más, ya que más allá de los 100 años de su descubrimiento las controversias y los fallidos intentos por desalojar al sujeto del inconsciente ha generado infinitas batallas de discursos y sin embargo... flota y provoca temblores por doquier.

El texto sobre la *Traumdeutung* aparece por primera vez el 6 de noviembre de 1899. Freud prefirió fecharlo sin embargo en el nuevo siglo XX, los albores de su descubrimiento pretendían despuntar sobre nuevos albores. A propósito de esto quisiera resaltar de las múltiples ediciones escritas por Freud a esa obra, algo que afirmará treinta y un años después a propósito de la tercera edición inglesa: “Este libro, contiene, aún de acuerdo a mi juicio actual, el más valioso de los descubrimientos que tuve la fortuna de hacer. Un *insight* como éste no nos cabe en suerte sino una sola vez en la vida”. (Vol IV. pag. 27). Y es que acaso a partir de su *insight* puede armarse el axis central de la teoría del inconsciente y sus derivados.

* Universidad Nacional de Tucumán y de Buenos Aires.

2. *Flectere* (doblegar)

Con el famoso texto de 1899 Sigmund Freud no hace sino marcar un verdadero punto de inflexión en la episteme de la época. Si leemos el título del texto: “*Traumdeutung*”, allí el término interpretación tiene en él un peso fundamental ya que indica que los sueños, considerados “sin sentido” para la ciencia de aquella época, son sin embargo, capaces de tener alguna significación y más aún, esta significación no sólo no es azarosa porque está sujeta a leyes, sino que tiene una importancia crucial para el sujeto en lo que atañe a su verdad. El término *interpretación* está indisolublemente ligada no sólo a la *la significancia* que los sueños tienen para el soñante, sino al lugar que tal significancia otorga a la posición del sujeto. A partir de allí el análisis de los sueños se presenta para Freud como el paradigma (en el sentido aristotélico de paradigma) de las producciones del inconsciente y el sueño es considerado como un equivalente al síntoma, al lapsus, a las cavilaciones, al chiste, al querer decir, etc.

Sin embargo es preciso acentuar otra cosa, y es que el sueño no es un montaje que surge como efecto de patología alguna, sino que se trata de una creación absolutamente *cotidiana y normal* y por eso las leyes sobre el trabajo y la interpretación de los sueños permiten la fundación de una novedosa psicopatología de la vida cotidiana y de una nueva semiosis que permiten un renovador abordaje del sujeto atravesado por el lenguaje.

Desde esa revolucionaria psicopatología y desde esa semiosis inaugural, el sueño como formación del inconsciente revela la estructura lingüística del sujeto y ello es así porque el sueño, y su equivalente, el deseo inconsciente están estructurados como un lenguaje.

Esa trama del lenguaje en la que se recuesta y se arma el sujeto, es no sólo la que posibilita el montaje del sueño, sino también la que permite mantener al sujeto soñante en reposo, así también como la ruptura de aquella trama es capaz de interrumpir el proceso de descanso. Como consecuencia del fracaso del deseo inconsciente y la articulación de la cadena significativa, cuando aquel no logra enga-

ñar a la pulsión, tal como acaece en las pesadillas, la angustia corroe cualquier enmascaramiento de lo traumático –de lo real– aniquilando lo simbólico.

Allí fracasa el ciframiento lingüístico, la significancia del sueño y por tanto cualquier recurso a su interpretación. Ese descubrimiento le permitió a Freud afirmar que los sueños son “*casi*” una realización de deseos, enlazando sueño con deseo, a la vez que advirtiendo del complejo atolladero que complota contra el reposo del sujeto cuando las creativas y cifradas formaciones del inconsciente caen devastadas ante el avance de la pulsión en lo que Freud llamó las *resistencias del ello y las del superyó*.

3. *...nec mergitur* (sin sumergirse)

Desde la *Traumdeutung* en 1899 a “Algunas notas adicionales a la interpretación de los sueños en su conjunto” de 1925 y hasta “Revisión a la doctrina de los sueños” de 1932 Freud no sólo fija las bases y demuestra porqué el hombre es *el sujeto capturado y habitado por el lenguaje*, sino también que hay un *inasimilable* en esa trama que opera como causa del sueño, inasimilable que se nombra como trauma primero y luego como pulsión. Si el sueño es “*casi*” una realización de deseos es porque en todo sueño hay un real que opera como causa y además porque no todo sueño logra siempre traducir y enmascarar a ese real, es allí cuando el sueño no se constituye como una formación del inconsciente y la pesadilla da cuenta del fracaso del enmascaramiento de la pulsión y del fracaso de la función más generalizada del sueño en tanto no preserva al soñante del necesario reposo.

En tanto el sueño revela al sujeto habitado por el lenguaje, lo que hace posible la traducción del sueño y la búsqueda del sujeto soñante de un intérprete de sus producciones que pueda descifrar una verdad que aquél sabe a medias, no deja sin embargo de mostrar también el lado opaco de aquello que lo causa, circulando a veces por el costado angustiante y pesadillesco que impide el ciframiento

y por lo tanto su traducción. Ápice desubjetivizante de toda pesadilla.

He reiterado en múltiples trabajos (*Las voces del superyó* e *Imperativos del superyó*) la necesaria cautela que solicita de parte del analista el tratamiento de la espinosa cuestión de las pesadillas relatadas en análisis. Propuse al respecto que no es posible la interpretación de las pesadillas, ya que si en éstas fracasa el velado encubrimiento por las vías del deseo y su potencia articulada, será preciso que el trabajo en transferencia y por la donación de la escucha y la palabra del Otro, logre el reencadenamiento de la cadena signifiante y el ciframiento posible del *inasimilable* que causa el sueño. Engaño del deseo a la pulsión para que el montaje del fantasma haga posible el encubrimiento de la realidad del sujeto.

He mantenido firmemente en esta proposición para la clínica del análisis de los sueños por entender que respeta y revaloriza los axiomas freudianos. Quienes han recusado mi propuesta, insisten en afirmar que todo sueño es una realización de deseos, olvidando que esto no está sujeto a generalización ya la pesadilla no tiene tal estatuto. Basta para eso leer los textos de Freud de 1925 y 1932 en los que vincula las pesadillas con la coacción de repetición (*wiederholungszwang*) en las que fracasa el trabajo de ciframiento y transcripción del sueño y por tanto su posible interpretación.

Es importante en este punto diferenciar el deseo reprimido inconsciente que enmascara el sueño, vinculado al anhelo de realización y su *insatisfacción*, de la pulsión que no deja de insistir y pugnar por su *satisfacción*, una satisfacción siempre pendiente, en síntesis una paradójal satisfacción nunca satisfecha (sic) que promueve la coacción de repetición –que es lo que diferencia definitivamente a la satisfacción de la necesidad, de la de la pulsión.

Acaso sea esta específica diferenciación la que conducirá a Freud en 1932 a modificar su sentencia “*el sueño es un cumplimiento de deseo*”. Con mucha cautela y a propósito de las modificaciones de su teoría, afirmará en la conferencia 29: “Revisión a la doctrina de los sueños” y al tratar los sueños

autopunitivos que derivan en pesadillas, que el sueño es en todo caso un *intento de ese cumplimiento* (*Wunscherfüllung*).

Cuando aquel intento fracasa en su tramitación –vía el enlace asociativo– es por la presentificación de lo traumático e inasimilable, lo real. Tal intromisión sin mascarada impide la creación de la trama del sueño como formación del inconsciente y su producto será la pesadilla y el insomnio con la concomitante angustia. Así el sueño que se enlaza en torno a lo *articulado* del deseo puede también estrellarse contra ese inasimilable que *a-cosa*. Inasimilable que por un lado causa el deseo y el soñar, pero que también puede comandar a callar en complicidad con el “eco” superyoico por los laberintos de lo incurable del sujeto.

Allí el descubrimiento freudiano produce un cambio de timón a la causalidad psíquica que se avizora sobre el siglo XX y hasta nuestros días. Para Freud nuestros sueños revelan aquello que estructura la subjetividad, malla del lenguaje y trauma, formación del inconsciente y pulsión, deseo y goce. La verdad perseguida en el saber que se despliega desde los sueños no refiere ni al futuro, ni al pasado ni a la exterioridad del sujeto (no hay sueños premonitorios), la verdad de los sueños es la verdad del sujeto porque revelan la estofa con la que éste se construye y también la que puede provocar su disolución.

Por todo esto, la predicción de Freud –de 1924– de que el psicoanálisis sería “un importante fermento en el desarrollo cultural de los próximos decenios y contribuirá a ahondar nuestra comprensión del mundo y a contrarrestar mucho de lo que se ha discernido como perjudicial en la vida” se ha cumplido, el psicoanálisis “*aún flota sin sumergirse*” quizás porque sin doblegarse ante los dioses celestiales ha tenido la audacia de remover a los del infierno y proseguir removiéndolos sin fin. En esto el deseo del analista hoy no puede claudicar, a pesar de los actuales ideales de la cultura que se empeñan en hacer desaparecer los trazos de la subjetividad tras un engañoso “individuo autómatas” que se pierde en los no-lugares del mundo globalizado.

